

Desde que Mayte se convirtió en su vida

Teresa Nicuesa, de 74 años, cuida a su hija dependiente, de 34, desde que ésta sufre una enfermedad incapacitante

Para Teresa Nicuesa, *Tere*, de 74 años, la improvisación diaria apenas tiene cabida en su agenda perfectamente calculada. La razón es su hija Mayte Anaut, de 34, que sufre hidrocefalia desde hace veinte, lo que la ha ido dejando incapacitada y totalmente dependiente.

“Mi día a día ahora es bastante decente. Pero al principio se pasan unos años horribles” cuenta Teresa, vecina del barrio pamplonés de la Chantrea, antes de ponerse a recordar: “Cuando Mayte tenía 13 años empezó a quejarse de que le dolía la espalda. Los médicos nos dijeron que la razón era que los huesos aún estaban sin unir porque su cuerpo iba a seguir creciendo”.

Tiempo después, el neurólogo notó que algo no iba bien y la derivó al hospital. Allí las cosas empezaron a tener forma y sentido; les confirmaron que el problema de Mayte se llama hidrocefalia. Es decir, en el cerebro existe un exceso de líquido que no consigue ser absorbido por la sangre. Esta enfermedad, con el tiempo, va causando daños cerebrales que derivan en discapacidades físicas, neurológicas e intelectuales.

Desde entonces, Teresa no se ha separado ni un minuto de su hija. A finales de enero de 1992, Mayte fue ingresada y operada: le colocaron una válvula para que el líquido empezara a salir. Menos de un mes después, la válvula falló y tuvieron que volver a operarla para colocarle otra. A partir de ese momento, Mayte estuvo ingresada cerca de un año. Casi 365 días en los que *Tere* no se separó ni uno de su hija, como le recuerda: “Ahí nos pegamos, tu padre y yo, las 24 horas del día, todos los días”.

Durante la estancia en el hospital, Teresa luchó por conseguir lo mejor para su hija y que ella no retrocediera. “Se alimentaba por vía. En un momento le pregunté al médico si le podía empezar a dar de comer y me dijo que si me parecía bien, adelante. Empezamos con un yogur, *lagrimicas*. Al principio Mayte se atragantaba mucho, pero lo seguí intentando, no me rendí hasta que pudo empezar a tragar bien de nuevo”, relata.

MÁS PROBLEMAS

Al recibir el alta en abril de 1993, *Tere* se encontró perdida: “Mayte era igual que un saco de patatas, toda rígida, el peso muerto. No sabíamos cómo tratarla, no sabíamos qué hacer”.

“Con el paso del tiempo, en vez de mejorar, empeoramos... Mayte se quedó en la *sillita*”, explica su madre emocionada: “Esta situación te ata. Ella es dependiente, pero tú dependes de ella también. Todos somos dependientes de ella. Es algo muy duro y de eso no te das cuenta hasta que toca. Quieres vivir. Vives y no vives. Es imposible entenderlo si no te toca”.

Este hecho no hundió a esta madre coraje, quien desde un primer momento, y pese a las duras dificultades, dejó sus intenciones claras: “Le dije a todo el mundo que aquí no iba a haber ni tristezas ni nada, solo buenas palabras y buen *rollo*. ¿Para qué darle vueltas al asunto si no va a solucionarse nada?”. Y asegura que esa filosofía, que todavía mantiene, fue la que la mantuvo viva, tanto a ella como a su hija.

Y como buena madre, Teresa quería lo mejor para su hija. Intentó que la aceptasen en la Clínica Ubarmin para empezar rehabilitación, “pero no la querían coger, decían que era un caso perdido. Insistimos en que lo que Mayte necesitaba era rehabilitación, que tenía que dejar de ser un saco de patatas”, recuerda Nicuesa. Ese afán luchador le ayudó a “sacarse una espinita”, como dice ella; y es que en diciembre de 1993, su hija pequeña comenzó rehabilitación.

Allí le enseñaron cómo tratar y mover a Mayte. “Pero no es lo mismo hacerlo allí que en casa más tarde. Un día estás cansada, otro día te apetece menos, otro día tu cuerpo no puede...”, asegura Tere. Pero esa filosofía positiva y el amor incondicional por su hija le ayudaron a seguir. Consiguió sacar fuerzas de donde creía no tenerlas, se armó de valor y Mayte se convirtió en su vivir, por lo que piensa y vive cada momento desde que enfermó. El despertarse por las noches cada dos horas para dar la vuelta a su hija en la cama para evitar la salida de yagas, el cargar con su peso muerto a la hora de llevarla al baño, asearla, vestirla... nada pudo ni puede con ella.

Tere seguía sin separarse de su hija: “Iba con ella todos los días para que no se sintiera desplazada. En la ambulancia montábamos fiestas, lo pasábamos *pipa* y las dos pinchábamos a los ambulancieros”, recuerda entre risas. “Hacíamos carreras de sillas de ruedas por los pasillos... Tenía que conseguir que de Mayte no saliese la pena, sino las ganas de vivir. Porque si no veía que lo de mi hija no era vida”, añade esta chantreana.

Pero el mayor problema de Tere era hacer su vida. Familiares y amigos se ofrecían quedarse con Mayte para que pudiera salir con sus amigas a pasear y distraerse. “Pero no podía. Me sentía culpable si salía a distraerme, a divertirme, mientras dejaba a Mayte en casa. Lo encontraba egoísta. Además, me sentía coja, que me faltaba esa mochila que es Mayte, desde el cariño, claramente”, apunta.

Pero el mayor paso que dio Teresa fue el asociar a su hija a ADACEN (Asociación de Daño Cerebral de Navarra), cuando Mayte tenía 19 años y su madre 59. “Empezó a ir al centro de día e iba contenta. Recuerdo el primer día, cuando pregunté a qué hora volvía. ¡Se me hizo eterno! Dos horas antes de la hora de vuelta, mi marido y yo ya estábamos en la parada esperando”, rememora con gracia.

QUE LA FIESTA NO FALTE

Los Sanfermines hacen más patente esa fuerza vitalicia. “No nos perdemos una”, asegura Mayte. Y su madre lo corrobora: chupinazos, encierros, gigantes, desayunos, comidas, vermús, bailes, corridas, peñas, fuegos artificiales, tómbola, espectáculos callejeros... “Vemos el encierro desde la Plaza de Toros y hasta rato después de los fuegos no volvemos a casa”, cuenta Tere antes de añadir entre carcajadas “somos unas *pendonas*”.

Y aquí aparece otra *espinita* que esta madre coraje consiguió desclavarse. “Luchamos por conseguir una zona adaptada a sillas de ruedas en la Plaza de Toros. Antes de que nos las diesen, nos poníamos con carteles fuera de la Plaza, en la calle, pidiendo que se adaptase mientras duraban los

encierros y las corridas”, recuerda. Finalmente, lo consiguieron, y cada año ADACEN ofrece entradas para las corridas que se reparten entre los solicitantes.

Durante el resto del año, cada fin de semana salen a comer y a pasear. “Además, en ADACEN leen la prensa y cuando Mayte se entera de algún concierto o evento que le gusta, me hace llevarla. Y la llevo, claro”. Este espíritu fiestero que Anaut ha heredado de su madre le ha hecho hacer buenas amistades, como con Enrique Armendáriz, *El Drogas*, vocalista del grupo musical Barricada, o miembros de la Comparsa de Gigantes y Cabezudos de Pamplona.

SIN AYUDA A LA DEPENDENCIA

Pese a su edad, 74, Teresa mantiene una tremenda jovialidad. Cuando se le pregunta si su cuerpo sufre las consecuencias de cargar durante veinte años con el peso muerto de su hija, asegura que “no tengo tiempo apenas para pensar si me duele algo. Pero sí, duele todo. Aunque procuras darle la vuelta a la llave, tienes que seguir y procurar que mañana sea mejor que hoy”.

Pero la ayuda es necesaria. Tiene dos hijos mayores, de 46 y 48 años, “pero ellos tienen su vida, sus hijos, y no voy a hacer que dejen eso de lado para quedarme yo más tranquila durante un rato. Cuando de verdad hacen falta, son los primeros en llegar, que de eso no quepa ninguna duda”, detalla Teresa.

Hasta hace un año, además de la opción del centro de día, Mayte y su madre contaban con la ayuda a la dependencia. Pero de repente, se volvieron incompatibles. Había que elegir uno u otro. Y Teresa apostó por el centro de día, imprescindible, asegura, para que su hija pueda mantener el nivel de vida que necesitan ambas, tanto Mayte por la ayuda de logopedas, fisioterapeutas que recibe, talleres o salidas en grupo junto a sus otros 13 compañeros y compañeras; como para Teresa, que puede desconectar durante siete horas de su hija y tener tiempo para ella misma.

Hasta entonces, la ayuda a la dependencia le permitía contratar a una chica que le ayudase con Mayte por las tardes. Ahora, lo único que le queda es una asistente del ayuntamiento que cada mañana ayuda a asear y preparar a Mayte antes de llevarla hacia el autobús que la conduce al centro de ADACEN.

Tere es un claro ejemplo de otra cara de la moneda navarra. Frente a los ancianos dependientes de sus hijos o en residencias, Teresa Nicuesa se resiste a abandonar a su hija. Pese a que la edad empieza a presentar sus estragos, su vitalidad y jovialidad le permiten sacar adelante, día a día, a su hija Mayte, quien la necesita más que nadie y que sin ella no habría podido, ni podría, ser feliz: “Si no fuese por mi madre, no sé que sería. Con mi padre me habría quedado en casa, sin salir, no habría vivido lo que he vivido”, afirma la joven tajante sobre su progenitora, un modelo de lucha, fuerza y alegría.